



AL SERVICIO DE UN MUNDO HERIDO MEDIANTE
LA SOLIDARIDAD INTERRELIGIOSA

*Una llamada cristiana a la reflexión y a la acción
durante la COVID-19 y más allá*

Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso

Consejo Mundial de Iglesias*



**Consejo Mundial
de Iglesias**

* Traducción del Prof. Dr. Rafael Vázquez Jiménez

Al servicio de un mundo herido mediante la solidaridad interreligiosa:

Una llamada cristiana a la reflexión y a la acción durante la COVID-19 y más allá

Una publicación conjunta del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y el Consejo Mundial de Iglesias. Copyright © 2020 WCC Publications/PCDI. Reservados todos los derechos. Se pueden hacer copias de esta publicación para uso no comercial. Sírvase dar el crédito e informar a los editores para cualquier otro uso. Escriba a: publications@wcc-coe.org ; dialogo@interrel.va

En la traducción al español, las citas bíblicas se han tomado de la *Sagrada Biblia - Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*. Madrid: BAC, 2010

Traducción al español: Carlos Alonso Vargas - San José, Costa Rica

Diseño de cubierta original: Sor Judith Zoebelin, FSE

(Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso)

Consejo Mundial de Iglesias
150 route de Ferney, Apdo. 2100
1211 Ginebra 2, Suiza
<http://www.oikoumene.org>

Pontificio Consejo para el Diálogo
Interreligioso
Via della Conciliazione, 5
00120 Ciudad del Vaticano
www.pcinterreligious.org

Contenido

- 6** Preámbulo
- 7** La crisis actual
- 9** La solidaridad sustentada por la esperanza
- 10** El fundamento de la solidaridad interreligiosa
- 12** Principios
- 15** Recomendaciones
- 17** Conclusión

PREÁMBULO

¿Qué **significa para los cristianos amar y servir a nuestros semejantes** en un mundo en el que la pandemia de COVID-19 ha causado tantísimo sufrimiento? En un tiempo como este, el Consejo Mundial de Iglesias (CMI) y el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (PCDI) apelamos a los seguidores de Jesucristo a amar y servir a nuestros semejantes. Hacemos hincapié en la importancia de esta llamada a la solidaridad también con aquellos que profesan y practican religiones diferentes de la nuestra o que no se consideran seguidores de ninguna tradición religiosa concreta.

Este documento pretende ofrecer un fundamento cristiano para la solidaridad interreligiosa capaz de inspirar y confirmar, en los cristianos de todas las iglesias, el impulso de servir a un mundo dañado no solo por la pandemia de COVID-19 sino también por otras muchas heridas. Aunque su intención es dirigirse principalmente a los cristianos, esperamos que también resulte útil para los seguidores de otras religiones que también han dado respuesta a esta crisis con pensamientos similares según su propia tradición. La respuesta a esta pandemia es un desafío global que nos llama a incrementar nuestra conciencia y cooperación ecuménica e interreligiosa.

La parábola del Buen Samaritano (cf. Lucas 10,25-37) nos ayuda a reflexionar sobre la pregunta: “¿A quiénes estamos llamados a amar y a cuidar?”, y nos ofrece orientación acerca de la complejidad que conlleva los términos “servicio” y “solidaridad”. Jesús narra este relato en el contexto del mandamiento del amor al prójimo. Un hombre ha sido herido y ha quedado abandonado al borde del camino, y los miembros de su propia comunidad religiosa pasan de largo y no lo atienden. La persona que finalmente se detiene y le ayuda —un samaritano— proviene de una comunidad que durante siglos ha estado enfrentada con la comunidad de este hombre por disputas acerca de la identidad religiosa, de la forma de entender el culto auténtico, y del derecho a participar en asuntos políticos. El relato es una invitación a reflexionar sobre la necesidad de trascender los límites en el servicio y la solidaridad

con los que sufren. Es también una llamada a superar los prejuicios negativos que hay en cada uno y a reconocer con humildad y gratitud que el “otro” (en este caso el samaritano) puede mostrarnos el verdadero significado del servicio y de la solidaridad.

Esta parábola desafía a los cristianos a pensar en cómo vivir en un mundo herido por la pandemia de COVID-19 y por el azote de la intolerancia religiosa, la discriminación, el racismo, la injusticia económica y ecológica, y muchos otros pecados. Necesitamos preguntarnos: ¿quién está herido, y a quién hemos herido o descuidado? Y ¿dónde podríamos sorprendernos al contemplar la compasión de Cristo actuando en nuestros días? Este relato nos apremia a superar los prejuicios religiosos y las concepciones culturales sesgadas que tenemos de aquellos a quienes servimos, y de aquellos con quienes servimos, en la medida en que nos esforzamos por aliviar el sufrimiento y por restaurar la salud y la integridad de las personas en un mundo plural. Al mismo tiempo, nos ofrece esperanza, algo central para nuestra fe y para nuestra forma de vivirla, al hacernos tomar conciencia de que Cristo mismo es el “otro” inesperado —el samaritano— que ofrece su ayuda al herido.

LA CRISIS ACTUAL

La pandemia de COVID-19 ha tenido un impacto sobre la comunidad mundial con una inmediatez inevitable y con poca preparación por nuestra parte. Ha alterado dramáticamente la vida diaria de todas las personas, y evidenciado con rotundidad la vulnerabilidad que todos los seres humanos compartimos. Junto a los millones de personas que se han infectado físicamente, muchas más se han visto afectadas psicológica, económica, política y religiosamente; y todas han quedado privadas del culto público. Mucha gente ha luchado para hacer frente a la muerte y al dolor, especialmente ante la imposibilidad de estar junto a sus seres queridos en su lecho de muerte, y poder realizar de manera digna los ritos de despedida y funerales. El confinamiento ha causado el colapso de la economía mundial, y el hambre mundial podría

duplicarse debido a esta catástrofe. También ha contribuido a un incremento de la violencia doméstica. Las exigencias de distanciamiento físico y social han provocado el aislamiento de mucha gente. La falta de esperanza, la ansiedad y la inseguridad han llegado a dominar la vida humana. El coronavirus ha afectado a todos: a ricos y a pobres, a ancianos y a niños, a habitantes de las ciudades y del campo, a la agricultura y al sector industrial, a trabajadores y a estudiantes.

Si bien la humanidad entera está gravemente herida, la pandemia nos ha recordado la escandalosa brecha que existe entre ricos y pobres, entre privilegiados y desaventajados. En muchos lugares, los enfermos, los ancianos y los discapacitados son los que han sufrido más seriamente, con frecuencia con poca o ninguna atención médica. La pandemia ha exacerbado los prejuicios raciales y ha ocasionado un incremento de la violencia contra aquellos que desde siempre han supuesto una amenaza para la comunidad política dominante, estructurada y sostenida por sistemas de desigualdad, exclusivismo, discriminación y dominación. La gente marginada, especialmente los migrantes, los refugiados y los prisioneros, son quienes más se han visto afectados por esta pandemia.

La miseria humana asociada a la pandemia de COVID-19 está teniendo lugar en el contexto más amplio del sufrimiento del planeta. Son muchos los que nos exhortan a escuchar no solo las voces de los seres humanos que sufren, sino también el constante gemido de la tierra y de todos los que la habitan. Una situación que podría agravarse por las consecuencias económicas de un mundo post-COVID-19. También podemos considerar esta crisis sanitaria como precursora de futuras crisis relacionadas con el cambio climático y el ataque a la biodiversidad. Necesitamos urgentemente una conversión ecológica de actitudes y acciones que conlleve un cuidado más eficaz de nuestro mundo, prestando atención a los gemidos de la creación.

El aumento de la toma de conciencia de nuestra propia vulnerabilidad compartida es una llamada a descubrir nuevas formas de solidaridad que traspasen todas las fronteras. En esta hora de

crisis, reconocemos con gratitud el servicio heroico que presta el personal sanitario y todos aquellos que ofrecen sus servicios, poniendo en riesgo su propia salud, sin hacer acepción de personas. También hemos visto signos florecientes de solidaridad con los necesitados, a través del voluntariado y las obras de caridad. Nos alegramos de que los cristianos, así como los creyentes de otras confesiones religiosas y las personas de buena voluntad, estén colaborando en la construcción de una cultura de la compasión, logrando alcanzar a los necesitados y a los más vulnerables con todo tipo de asistencia material, psicológica y espiritual, tanto a nivel individual como institucional. Porque hay solo una familia humana; entre nosotros hay lazos de parentesco que nos hacen reconocernos como hermanos y hermanas, y todos habitamos una misma tierra, nuestra casa común. Nuestra interdependencia nos recuerda que nadie puede salvarse por sí solo. Este es un tiempo para descubrir nuevas formas de solidaridad que nos ayuden a repensar un mundo post-COVID-19.

Dado que las relaciones interreligiosas pueden ser un medio poderoso para expresar y construir la solidaridad, y para abrirnos a recursos que sobrepasan nuestras limitaciones, hacemos una invitación a reflexionar sobre cómo nosotros, como cristianos, podemos colaborar en la solidaridad hacia nuestros semejantes junto con todos los creyentes y las personas de buena voluntad. En este itinerario de solidaridad, las diferentes comunidades se ven alentadas y sostenidas por la esperanza que encontramos en nuestras respectivas tradiciones.

LA SOLIDARIDAD SUSTENTADA POR LA ESPERANZA

Todo el mundo tiene esperanzas y sueños, y la esperanza ofrece fortaleza para sustentar el deseo humano de vivir, incluso en tiempos difíciles. Como cristianos, ponemos nuestra esperanza en la promesa del reino de Dios en el que toda la creación quedará reconciliada y unida en la justicia y en la paz. Esta esperanza transforma nuestras vidas, poniendo nuestra mirada más allá del mundo presente e invitándonos a seguir a Cristo en el servicio a

este mundo, para que pueda alcanzar su plenitud. Consecuentemente todos los cristianos estamos llamados a cooperar y colaborar con los seguidores de otras tradiciones religiosas para dar cumplimiento a nuestra esperanza de un mundo unido, un mundo de justicia y de paz. En un sentido más amplio, estamos llamados a convertirnos en hombres y mujeres de esperanza, trabajando juntos con todas las personas de buena voluntad para alcanzar un mundo mejor.

La esperanza es una característica esencial de todas las religiones. A lo largo de la historia de la humanidad, sabemos que la esperanza religiosa ha inspirado con frecuencia a los creyentes a cuidar con amor y compasión de aquellos que sufren las tragedias de la condición humana. Hoy día necesitamos valores éticos y espirituales universales compartidos para inyectar una nueva esperanza a este mundo que ha sufrido los estragos de la pandemia. En este sentido, las religiones pueden ofrecer un aporte precioso para despertar y guiar a la humanidad en la construcción de un nuevo orden social a nivel local, regional, nacional e internacional. Es necesario que esta nueva visión se base en la unidad de la familia humana, así como en un legado de valores morales comunes a todos los seres humanos. En la actualidad hay una interconexión mundial que nos apremia a asumir una responsabilidad planetaria basada en valores religiosos y éticos comunes, para servir y sanar al mundo post-COVID-19. Estamos llamados a comprometernos de nuevo con el mundo, particularmente como respuesta al doloroso sufrimiento que hay en nosotros mismos, en nuestras familias, en nuestras ciudades y naciones y en toda la creación.

EL FUNDAMENTO DE LA SOLIDARIDAD INTERRELIGIOSA

Como cristianos, situamos el fundamento de la solidaridad interreligiosa en nuestra fe en Dios, que es uno en tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo:

1. Todos los seres humanos son criaturas de un solo Dios, que es Padre (cf. Génesis 1,26-27), que tiene para ellos el mismo proyecto de amor. Somos hermanos y hermanas, conectados por

el amor y por nuestra igual dignidad, que no tenemos que ganar por nuestros méritos. Por lo tanto, como familia en el único Creador y creados a imagen de Dios, somos corresponsables los unos de los otros. Esta conciencia nos desafía a ser el rostro y el instrumento del amor sanador de Dios en el mundo, defendiendo y restaurando la dignidad de todos los seres humanos. Al cuidar los unos de los otros y al eliminar los obstáculos que nos impiden ser y llegar a ser personas responsables del bienestar mutuo, honramos a aquel a cuya semejanza fuimos creados. Como nos muestra el Buen Samaritano, esta solidaridad es universal, trasciende las fronteras y se dirige a toda la humanidad. Nuestra conexión fundamental y nuestro origen compartido importan muchísimo más que nuestras divisiones, que son construcciones humanas.

2. Nuestra confianza y nuestra esperanza están puestas en Jesucristo, por cuyas heridas hemos sido salvados (cf. 1 Pedro 2,24). En Jesucristo nos enfrentamos cara a cara con el sufrimiento sin perder nuestra firme esperanza. En su sacrificio Jesús experimentó la compasión, en el sentido original de “padecer con”, hasta el extremo salvífico, en un amor que sobrepasa nuestro entendimiento. Nosotros, como cristianos, estamos llamados a este mismo “padecer con” sanador, transformándonos en canales de su amor, y, al mismo tiempo, haciendo depender de él nuestra propia salvación. Es la compasión del Buen Samaritano la que nos permite contemplarlo como una imagen de Cristo, que se hace cargo de las heridas del mundo. Nos consta que las virtudes de la misericordia y de la compasión por todos los que sufren resuenan también en otras tradiciones religiosas, las cuales a su vez tienen ricos ejemplos de generosidad y de solicitud por los más necesitados.

3. También vemos a Cristo en el hombre herido al borde del camino. En el sufrimiento de nuestras hermanas y hermanos encontramos el rostro de Cristo sufriente (cf. Mateo 25,31-46). Esta comprensión de Cristo que sufre con toda la humanidad nos desafía, como cristianos, a reconocer que todo sufrimiento tiene la misma dignidad y reclama de igual modo la curación: ni siquiera “uno de estos pequeños” (cf. Mateo 18,14) se puede quedar atrás.

Para nosotros, la solidaridad de Jesús con el que sufre es tan radical como transformadora: abraza de lleno las heridas del mundo, sin permitir ningún distanciamiento del dolor del otro, sino asumiéndolo. Sin embargo, en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos esta solidaridad también abre una nueva manera de ser para todos. La resurrección es prueba y certeza de que el amor es más fuerte que todas las heridas, por profundas que sean, y de que la muerte no tendrá la última palabra.

4. Cuando nos solidarizamos con los demás, quedamos conectados por la acción del Espíritu Santo. El Espíritu Santo “sopla donde quiere” (Juan 3,8). Cuando nos acercamos al otro, especialmente al necesitado, como lo hace el Buen Samaritano, nos quedamos asombrados y contemplamos con humildad la acción de Dios. Al igual que hay una fuerza espiritual que nos hace retornar a Dios en la oración y a nuestro prójimo en el servicio y solidaridad, el Espíritu nos conecta de una forma particular con todas las personas de fe. Nos fortalece con dones que debemos usar con el fin de edificar a los demás. Tiene la capacidad de producir en nosotros obras de caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, amabilidad y dominio propio, y de apartarnos del sendero de la vanidad, la competencia y la envidia (cf. Gálatas 5,22-23.26). Es también el Espíritu el que nos envía al mundo para ser en él buena noticia y para ser las manos de Cristo que cuida de todos los que sufren.

PRINCIPIOS

Nuestra fe en la importancia de recorrer juntos este sendero se refleja en el hecho de que este documento ha sido escrito conjuntamente por el CMI y el PCDI. Creemos que tanto el proceso de su concepción como su contenido reflejan nuestra apertura y responsabilidad como cristianos por entablar el diálogo con los seguidores de otras tradiciones religiosas. Reconocemos los siguientes principios que nos guían en la tarea del servicio mutuo en un mundo herido, junto con todas las personas de fe y aquellas de buena voluntad. Estos principios brotan de la fe que

compartimos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en el plan de Dios para toda la humanidad.

1. Humildad y vulnerabilidad: Como cristianos, estamos llamados a caminar humildemente con nuestro Señor (cf. Miqueas 6,8; Mateo 11,29) y a estar dispuestos a compartir los sufrimientos de Cristo y los sufrimientos del mundo. Esta apertura a “la audacia y el cuidado” nos enseña a “ser testigos con”. En la humildad y la vulnerabilidad, seguimos el modelo de Cristo y de su amor sacrificial, y en Él alcanzamos nuestro pleno potencial (cf. Filipenses 2,5-11). Por el contrario, el orgullo y la incapacidad de abrirnos a los demás, nos atrincheran en posturas que crean y perpetúan la división. Como Jacob en su lucha con Dios, también nosotros debemos arriesgarnos a ser heridos para recibir la bendición (cf. Génesis 32,22-32). Nos hacemos vulnerables cuando decimos la verdad a los poderosos, y cuando levantamos la voz en defensa de aquellos que sufren injusticia. También creemos en la justicia como base para el perdón, sin el cual no se puede resolver el conflicto, y así llegamos a formar parte de una larga tradición de cristianos que han dado su vida luchando por la justicia, que es reflejo del sacrificio gratuito de Jesucristo.

2. Respeto: Como cristianos, hemos de respetar la situación singular y compleja de cada individuo y el derecho a narrar su propia historia. Estamos llamados a ver y tratar a las personas como protagonistas de su propia historia y no como objetos de la nuestra, y a resistirnos a reducir sus derechos y su libertad a factores como su estado de salud física o mental, su nacionalidad, sus ingresos, su sexo, el color de su piel, etc. Así damos testimonio de un Dios que se ha autorevelado en un momento concreto y en un lugar específico, en el rostro humano de Jesucristo (cf. Juan 1,14), afirmando su humanidad total y la creación de todos los seres humanos a imagen de Dios. Esto nos obliga a trabajar por cerrar brechas y sanar desigualdades dondequiera que ocurran, incluso aquellas que se dan entre ricos y pobres o entre hombres y mujeres, en estrecho diálogo y colaboración con aquellos cuyas vidas e historias suelen quedar aplastadas por las desigualdades (cf. Mateo 7,12).

3. Comunidad, compasión y bien común: Estos valores constituyen la base de nuestro compromiso con el mundo (cf. Mateo 5,7). Estamos llamados a abrazar la realidad compleja y dolorosa de la vida humana, tal como lo hizo Dios al hacerse hombre en Jesucristo. Solo en relación experimentamos plenamente nuestra humanidad, y al amar al otro y compartir su sufrimiento, nos volvemos plenamente humanos a la manera en que Dios quiere que lo seamos y que nos ha revelado en el ejemplo de Jesucristo. El impulso de nuestra solidaridad radica en construir comunidades justas e inclusivas, que cultiven la compasión y fomenten el bien común prestando mayor atención a las heridas del mundo que Jesús abrazó por medio de su sufrimiento por los despreciados de este mundo, “fuera de la puerta de la ciudad” (Hebreos 13,12).

4. Diálogo y aprendizaje mutuo: Estamos llamados a aprender unos de otros en este tiempo de crisis. También debemos estar abiertos a lo que Dios puede enseñarnos por medio de aquellos de quienes menos esperamos aprender nada (cf. Hechos 11,1-18). Los pobres y los heridos con frecuencia tienen lecciones importantes que enseñar y dones que ofrecer. Todos necesitamos reconocer la pobreza y las heridas que hay dentro de nosotros. Necesitamos estar preparados para que nuestra vida sea cambiada en la misma medida en que estamos tratando de cambiar las vidas de otras personas: por ejemplo, cuando se acoge a los migrantes y los refugiados, tanto ellos como las comunidades que los reciben pueden transformarse. En los que sufren y en los vulnerables hay una oportunidad para encontrar las obras de Dios (cf. Juan 9,2-3). Creado a imagen y semejanza de Dios, todo ser humano puede reflejar sobre los demás la imagen divina, y, en este caso, ayudarnos a preguntarnos si estamos realizando bien nuestra llamada a mostrar el amor de Dios a los demás.

5. Arrepentimiento y renovación: Para tomar parte en este proceso de sanación integral, los cristianos estamos llamados a reconocer nuestra culpa por nuestra implicación en muchos sistemas de opresión que exacerban los sufrimientos de tantas personas (cf. 2 Samuel 12). Con la certeza de que Dios perdona,

necesitamos preguntarnos cómo nosotros, que estamos heridos por el pecado, hemos herido a nuestros semejantes, y de manera general a toda la creación de Dios. Necesitamos escuchar el clamor tanto de nuestra madre tierra como de nuestras hermanas y hermanos que sufren. Con dolor de corazón reconocemos que, como comunidad, también nosotros tenemos una historia de abuso que ha herido a los más vulnerables. La confesión de nuestra implicación en el sufrimiento de los demás es el punto de partida para una verdadera renovación que nos posibilite vivir vidas más justas. Esa reflexión autocrítica nos ayudará también a resistir la tentación de culpar a los pobres por su pobreza, o a los heridos por sus heridas. También nos ayudará a rechazar la idea de que Dios escoge a unas personas para que prosperen y a otras para que sufran, basándose en su valía o en sus acciones, y a superar aquellos sistemas de injusticia que hemos perpetuado tácitamente con nuestro silencio y con nuestra neutralidad.

6. Gratitud y generosidad: Los cristianos estamos llamados a ser agradecidos y generosos. Debemos recordar que, sin ningún mérito de nuestra parte, somos ricos en dones dados por Dios, que es la fuente de todo don perfecto (cf. Santiago 1,17). Por esto debemos estar agradecidos a Dios. Debemos resistir la tentación de apegarnos a nuestras posesiones. Uno de los rasgos de identidad de la Iglesia primitiva era su radical economía del compartir, que iba acompañada de la alegría y la sencillez de corazón (cf. Hechos 2,45.46). También vemos ejemplos de comunidades cristianas primitivas que desbordaban de gozo y generosidad, incluso en medio de profunda aflicción y extrema pobreza, con la fuerza de la gracia de Dios, que en Jesucristo se hizo pobre por nosotros (2 Corintios 8,1-9). Nuestro gozo y gratitud por la autorrevelación de Dios en Jesucristo nos ofrecen la seguridad y la confianza que necesitamos para poner nuestra vida entera al servicio de un mundo herido, inspirados por estos ejemplos sorprendentes de generosidad.

7. Amor: Estamos llamados a vivir el amor de Cristo, mostrando su rostro al mundo. Nosotros amamos porque él nos amó primero (cf. 1 Juan 4,19). El amor hecho vida muestra el verdadero

rostro del cristianismo (cf. Juan 13,35), incluso cuando a veces el rostro que presentamos o la imagen que otros pueden tener de nosotros, resulte difícil de amar. Nuestra fe cobra vida en aquella la acción que pone en práctica el amor de Cristo. Por consiguiente, el trabajo conjunto por un mundo mejor construye de muchas maneras el reino de Dios, un reino de justicia, de paz y de alegría. Así se mantienen vivas nuestra fe y nuestra misión, se configura nuestra vida cristiana como signo de la presencia del amor de Cristo, y se edifica el amor y la comprensión entre nosotros y aquellos con quienes nos unimos para expresar nuestro amor en la acción. Cuando trabajamos con miras a aliviar el sufrimiento, también estamos trabajando con miras al reino que se nos ha prometido en Cristo y a través de Cristo, en el que los últimos serán los primeros (cf. Mateo 20,16), en contraste absoluto con los reinos de este mundo.

RECOMENDACIONES

Llamamos a todos los cristianos **a servir a sus semejantes**, y a hacerlo poniéndose a su lado, tomando en consideración las siguientes recomendaciones:

1. Encontrar formas de dar testimonio del sufrimiento, haciendo que no pase desapercibido, y desafiando cualquier intento de silenciar o excluir la voz de los heridos y de los vulnerables, pidiendo que rindan cuentas aquellas personas y estructuras que están detrás y causan dolor.

2. Promover una cultura inclusiva que celebre la diferencia como don de Dios, para contrarrestar todos los signos de exclusión que vemos hoy en nuestras sociedades a diversos niveles. Esto debe comenzar dentro de la vida familiar y continuar en otras instituciones sociales. Con este fin, recomendamos el uso responsable de los medios de comunicación social, que sirven para fortalecer una comunicación sana y constructiva, y se convierten en altavoces del mensaje de la paz y de la solidaridad.

3. Alimentar la solidaridad por medio de la espiritualidad, considerando cómo las prácticas espirituales tradicionales tales como la oración, el ayuno, la negación de sí y la limosna pueden recibir un fundamento más profundo al tomar conciencia de las necesidades del mundo y de nuestra llamada a la solidaridad con los que sufren.

4. Ampliar la formación del clero, los miembros de las comunidades y órdenes religiosas (tanto masculinas como femeninas), el laicado, los agentes de pastoral y los estudiantes para fomentar la empatía y para equiparlos con los mejores conocimientos y herramientas para trabajar por una humanidad herida en cooperación con otros.

5. Atraer y apoyar a los jóvenes, cuyo idealismo y energía pueden ser un antídoto contra la tentación del cinismo, en el empeño por sanar a este mundo herido del que formamos parte.

6. Crear espacios para el diálogo (que es la intención de este documento) que sean integradores e inclusivos. Aprender de los seguidores de otras religiones sus motivaciones, principios y recomendaciones para trabajar con solidaridad interreligiosa, de modo que podamos estrechar lazos de entendimiento y cooperación. Asegurar espacios donde los marginados sean escuchados y respetados, ofreciendo lugares de pertenencia. Crear plataformas para que los diferentes grupos puedan experimentar el acompañamiento mutuo y crecer en amor y entendimiento.

7. Reestructurar proyectos y procesos para la solidaridad interreligiosa mediante un examen de la marcha de los proyectos y sus puntos de fuerza, para determinar cómo podría mejorar al cooperar con otras comunidades, organizaciones e instituciones. Reestructurar proyectos de manera que se reafirme la diversidad con la que hemos sido creados. Nuestro trabajo solo puede reflejar la plenitud de la humanidad si evitamos la tentación de quedarnos encerrados en nosotros mismos. Estar al servicio de un mundo herido nos convierte en prójimos unos de otros.

CONCLUSIÓN

La solidaridad ecuménica e interreligiosa hace posible que nuestro compromiso religioso se convierta en un factor que une a las personas en lugar de dividir las. Cuando trabajamos hombro con hombro con creyentes de otras religiones y con personas de buena voluntad damos testimonio de paz, de justicia y de interconexión, valores que están en el centro de nuestras convicciones religiosas, y al mismo tiempo recreamos y reforzamos estos valores.

Para los cristianos, la solidaridad interreligiosa es una forma de poner en práctica el mandamiento de Jesucristo de amar a los demás, y a la vez de trabajar con los otros para buscar la paz, que es la voluntad de Dios para el mundo. Crecer en amor hacia aquellos a quienes ayudamos, hacia aquellos con quienes ayudamos y hacia aquellos que nos ayudan permite que podemos vivir en plenitud conforme al proyecto creador de Dios: ser portadores de su imagen divina y ser personas que comparten esa imagen con los demás.

Ojalá que, al poner nuestras vidas al servicio de un mundo herido por la COVID-19 mediante la solidaridad ecuménica e interreligiosa, obtengamos la fuerza de aquel a quien seguimos, Jesús el Cristo. Él no vino a ser servido sino a servir (Mateo 20, 28). Imitando el amor y la generosidad del Buen Samaritano, procuremos apoyar a los débiles y vulnerables, consolar a los afligidos, aliviar el dolor y el sufrimiento y asegurar la dignidad de todos. Que nosotros, al abrir nuestros corazones al diálogo y al abrir nuestras manos a la solidaridad, construyamos juntos un mundo marcado para siempre bajo el signo de la sanación y de la esperanza.

La portada, ideada por Sor Judith Zoebelein, FSE (del PCDI), representa las manos de la solidaridad en cuyo centro se sitúa el corazón. Se quiere expresar así el deseo de hacerse cargo y compartir las heridas del sufrimiento causado por la pandemia de COVID-19 y otros problemas que azotan a los seres humanos y al planeta. La mascarilla simboliza el esfuerzo humano, el sacrificio, la solidaridad y la responsabilidad por proteger la vida durante este tiempo.



**Consejo Mundial
de Iglesias**